

cientan á sí propios; por lo cual el Altísimo, fulminando contra ellos toda suerte de males, ha dejado escrito: (1) «Ay de los pastores que desperdician y despedazan el rebaño de mi dehesa, que echaron las ovejas y no las visitaron: he aquí que Yo visitaré la malicia de sus intentos».

Dulce Jesús, Buen Pastor! Apacentadnos desde el agosto solio de vuestro Tabernáculo. Que el pueblo indiferente é infiel vuelva al aprisco; y que nosotros sepamos sufrir con él, para que, unidos todos á Vos, merezcamos ser conducidos de vuestra mano al descanso eterno.

EJEMPLO

Algunos siervos de Dios, amantísimos del Misterio eucarístico, fueron apacentados de un modo extraordinario por el Buen Pastor de las almas. El Seráfico S. Buenaventura temía acercarse á la Sagrada Mesa, por considerarse indigno de recibir el Pan de los ángeles; pero el Salvador, después de haberle disuadido y regalado con amorosas palabras, envió á un ángel con la S. Eucaristía para que le comulgase. S. Estanislao de Koska ardía por apacentarse de la Carne divina, y la Santísima Virgen quiso en cierta ocasión satisfacer sus devotas ansias, llevándole en sus propias manos el Santísimo Sacramento. Finalmente, Sta. Catalina de Sena había ido cierto día al templo con intención de recibir á Jesucristo Sacramentado; pero el confesor, habiéndole negado indiscretamente el permiso, dispuso el Señor que mientras celebraba aquél el adorable Sacrificio, desapareciera de la patena una parte de la Hostia y fuese conducida invisiblemente á la boca de su sierva. Súpose este portentoso cuando el celebrante notó que le faltaba parte de la sagrada Forma, y sospechando, después de haberla buscado por todo el altar, que Dios castigaría quizá su indiscreción, preguntó á la santa, quien confesó humildemente que el mismo Jesucristo la había comulgado.

(1) Jerem. XXIII, 2.

IX

Jesucristo Sacramentado, dulce Huésped del alma.

Dulcis hospes animæ.

(SECUENC. DEL DÍA DE PENTEC.)

Dulce huésped del alma.

1. Ciudades existen que en días señalados presentan aparato encantador. Sus magníficos palacios, lo mismo que sus modestos domicilios, aparecen ornados de vistosas colgaduras en las que compite la riqueza con el arte; sus plazas y calles, sus paseos y jardines están aseados con esmero; arcos triunfales, fuentes improvisadas, caprichosos dibujos se destacan en los principales lugares de la ciudad; sus moradores se adornan solícitos con elegantes trajes; la variada iluminación, el vuelo de los sagrados bronce, el crujido del cañón, una animación singular, anuncian algún fausto acontecimiento. Efectivamente, la visita de un príncipe ha motivado tan bello aparato. La casa donde ha de hospedarse es imponente; nada hay en ella que desdiga de la dignidad del soberano; todo se halla dispuesto con orden, gravedad y elegancia.

2. Mas por ventura, la descripción que acabo de hacer no es un símil adecuado de la disposición que debe tener el cristiano para recibir al Rey de los reyes, á Cristo Jesús Sacramentado? Nuestro corazón es la ciudad espiritual que debemos preparar con tanta profusión de hermosas virtudes, con riqueza tanta de afectos interiores, con tan fina elegancia.

cia de puros deseos; y el Monarca eucarístico es el Señor, que pretende visitarlo. Antes, empero, de que nos movamos á disponer nuestro corazón, necesitamos conocer las excelencias de tal Príncipe; porque naturalmente, á medida de la dignidad del visitador, debe prevenirse la decoración. En efecto, Jesucristo es Dios y Hombre verdadero: es Dios eterno, infinito en perfecciones; esplendor del Padre, por quien todas las cosas fueron producidas; es Dios á quien adoran los ángeles y ante cuya hermosísima presencia se estremecen los orbes, y cantan dulces himnos de alabanza, al compás de sonoros instrumentos, los serafines; es Dios omnipotente, creador de los mundos y capaz de aniquilarlos; es Dios pródigo, de cuya mano penden las criaturas todas; es Dios santo, con santidad perfecta. Es también Hombre, semejante á nosotros en la naturaleza; purísimo, incapaz de pecado; misericordiosísimo, que por nuestra saludapuró el cáliz del Gólgota hasta las heces; bellissimo más que los graciosos arreboles del sol, más que los torrentes de luz plateada que la luna envía. Es Dios Hombre, tan amoroso que, deseando ser huésped de nuestra alma, concibió el mayor exceso posible de amor, y lo realizó, sacramentándose en nuestros altares. Tal es Jesucristo. ¿Reunirá cualidades eminentes para que le recibamos por Huésped? ¿Serán esas cualidades tan dignas que merezcan todo el ornato de nuestro corazón? Si así es, veamos: 1.º *El cristiano debe prepararse de la mejor manera para recibir á Jesucristo*; 2.º *Mercedes que dispensa Jesucristo cuando es hospedado sacramentalmente*.

§. I.

3. Después que el Salvador, en su inagotable bondad, dispuso la perfecta conversión del publicano Zaqueo, en el momento en que éste, herido del misterioso dardo, intentó subir á la higuera para ver mejor á Jesús, que entonces por aquel lugar pasaba, el Hijo de Dios volvió sus ojos al árbol, y en cuanto hubo mirado á aquel publicano, le dirigió tiernamente estas palabras: «Zaqueo, baja presto, porque conviene

que hoy me hospede en tu casa (1)». Es necesario advertir, que cuando Jesucristo dijo estas amorosas expresiones al publicano todavía éste no estaba convertido, sino que el Señor le indicó aquel deseo para que, recibéndole en su casa, pudiese derramar sobre su corazón toda suerte de misericordias. Y en efecto; el publicano, en frase del Evangelio, bajó apresurado, y recibió gozoso al Redentor. No debemos pasar adelante sin reflexionar sobre las vivas ansias de Jesucristo por hospedarse en el domicilio de Zaqueo: no es que fuera indispensable á su divina Persona ir á casa del publicano, pero le era imprescindible á su infinito amor, para tener ocasión de mudar aquel corazón pegado á los bienes de la tierra; necesitaba hospedarse para presentar siquiera una razón poderosa con que agradecer á Zaqueo el obsequio, colmándole de gracias espirituales.

Estas vivas ansias las declaró el Esposo divino á la Esposa de los Cánticos, cuando desde la calle, y en el umbral de la casa, la dirigía estas palabras: «Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi sin mancilla; porque mi cabeza está llena del rocío de la noche (2)». Deseaba le abriese la Esposa para hospedarse en su corazón, y para cenar con ella esa cena eucarística que se recibe en la Comunión del Sacramento Santo.

4. Y puesto que tales son los deseos de Jesucristo por habitar en el alma cristiana, nada más conducente para el caso que satisfacerle plenamente. La solicitud en procurar los medios oportunos para el efecto, es hija del verdadero amor; por esta sencilla razón, si el cristiano profesa amor verdadero á Jesucristo, él buscará y dispondrá de esos necesarios medios para poder hospedar con dignidad al Rey de los cielos; y á la manera que para hospedar en nuestra casa á un príncipe, si tal merced recibiéramos, procuraríamos que la decencia compitiera con el ornato, y la limpieza con la hermosura, del mismo modo, para recibir en nuestra alma al Príncipe de los cielos, se exige que en ésta se ha-

(1) Luc. XIX, 5.

(2) Cant. V, 2.

lle la decencia del honor con el ornato de la virtud, la limpieza de mortales pecados con la hermosura de la gracia santificante. Pero todavía se exige más; quien hospeda á un monarca temporal hace un gasto inmenso y heróicos sacrificios, si menester fueren, para disponer la habitación y los manjares á gusto del regio hospedado; lo contrario se tomaría con razón por grosería imperdonable. Pues aquí tiene el cristiano la norma de su conducta para cuando piense recibir en su alma al Soberano de los soberanos; porque no basta estar limpios de culpas, no basta poseer algunas virtudes, es indispensable que hospedemos á Jesucristo á gusto suyo, y su gusto es que nos revistamos del amor que engendra el sacrificio, y de la paciencia, que es madre de la tranquilidad del alma, para que con esta virtud seamos dueños de nosotros mismos, y con aquélla, dueños del corazón de nuestros prójimos, á fin de ganarlos á Dios.

Después que el cristiano haya hospedado con alegría al Salvador, no debe cometer jamás la descortesía de abandonarle; porque si, tratándose de un temporal monarca, rayaría semejante acción con la insolencia y la ingratitud, ¿qué será tratándose del más augusto de los reyes? En esos momentos preciosos es cuando se debe atender cariñosamente á Jesús y aprovechar tan oportuna ocasión para pedirle mercedes sin cuento. Así dice Sta. Teresa: «Después de la Comunión no perdamos tan buena ocasión de hacer negocio. Dios no suele pagar mal el hospedaje si se le hace buen recibimiento;» y añade el P. Lapuente: «Es importantísimo saber gozar de la dulce presencia del Huésped que hemos recibido, porque no hay tiempo mejor para negociar con Él que cuando le tenemos dentro de nosotros, porque también aquí es verdad lo que Él dijo que mientras está en el mundo abreviado de cada hombre es luz del mundo, y así conviene caminar mientras dure esta luz antes que se esconda y nos hallen las tinieblas» (1). Si es verdad que en todo momento podemos solicitar las mercedes del Altísimo; si es cierto

(1) Medit., P. I, med. 35.

que á toda hora puede el Señor otorgárnoslas sin medida, lo es también que mientras se halla sacramentado dentro de nosotros, espera de un modo particular que se las pidamos, y aun Él mismo, como al ciego de nacimiento, que refiere el Evangelio, nos dice: ¿Qué quieres que te haga? ¿qué es lo que deseas de mí? (1).

§. II.

5. Discurramos ahora brevemente por los lugares donde se hospedó el Salvador mientras peregrinó por este mundo; examinemos las gracias que otorgó con este motivo, y después podremos deducir lógicamente que esas mismas gracias son las que dispensa á los que sacramentalmente le hospedan. Jesucristo fué hospedado en el seno virginal de María: y la Princesa de los cielos fué confirmada más y más en la gracia divina, quedó arraigada en toda clase de virtudes y de dones celestiales, y por especial privilegio fué constituida Madre de los hombres. Jesucristo fué hospedado con su Madre Santísima en casa de Sta. Isabel: y Sta. Isabel fué poseída del Espíritu Santo; y el niño Juan, que en sus entrañas llevaba, al sentir la presencia del Redentor, saltó de gozo, quedando libre en el acto del original pecado. Jesucristo fué hospedado en la fría gruta de Belén: y esta gruta mereció hospedar también á la Madre de Dios, al Patriarca de la ley de gracia y á los ángeles del cielo, que con arrobadores conciertos y esplendentes luces la convirtieron en Paraíso animado. Jesucristo fué hospedado en el domicilio de la suegra de S. Pedro: y esta mujer, que larga dolencia padecía, quedó repentinamente sana. Jesucristo fué hospedado en casa del fariseo Simón: y semejante hipócrita se conmovió ante su divino hospedado que pudo admirar en su misma presencia la conversión de la pecadora. Jesucristo fué hospedado en el palacio de Lázaro: y este fué resucitado después de cuatro días enterrado, y sus dos hermanas santificadas quedaron. Jesucristo fué hospedado en el

(1) S. Ligorio, Esposa de Jesucristo, cap. 18.

domicilio de los esposos de Caná: y el Salvador obra su primer milagro en obsequio de sus favorecedores. Jesucristo, finalmente, fué hospedado en casa de Zaqueo, quien se arrepintió de sus pecados de tal manera que dijo al Señor: —Voy á dar la mitad de mis bienes á los pobres, y si á alguno de ellos he defraudado le daré el cuádruplo—y el Salvador le responde gozoso: «Hoy se ha obrado la salud en esta casa, puesto que también éste es hijo de la fe de Abraham» (1).

6. Todos estos beneficios tanto espirituales como temporales dispensa Jesucristo á los que le reciben sacramentado. Confirmales en la gracia santificante, llénales de todos los dones del Espíritu Santo, imprímeles el gozo espiritual y la alegría de los hijos de Dios, convierte el corazón en animado cielo, sánales de las dolencias del espíritu y aun algunas veces de las del cuerpo, atraeles al amor divino, resucítales de la tibieza al fervor, obra en ellos grandes prodigios, y les trata finalmente con un cariño tierno y afectuosísimo para que jamás olviden sus favores. ¡Con cuanta razón, pues, no podremos cantar con la Iglesia, llevados de su regocijado espíritu:—Vos, oh Señor, sois dulce Huésped del alma!

7. Refieren las Sagradas Letras, ocupándose de los dos Tobías, padre é hijo, que, llamando aquél á éste para confesar acerca del modo de agradecer los beneficios á san Rafael, quien en el viaje á Gabelo había acompañado al joven Tobías, le pregunta: ¿Qué podremos dar á este santo varón que vino contigo? Padre, respondió el joven Tobías, ¿qué habrá digno para que podamos recompensarle? Él me llevó y me volvió sano; recibió la pecunia de Gabelo; me hizo tomar esposa; ahuyentó el demonio que la afligía; dió alegría á sus parientes; libróme del pez que intentaba devorarme; te hizo ver á ti la luz del cielo, y por él, en una palabra, estamos llenos de todos los bienes. ¿Qué cosa podremos retribuirle por todo esto? Mas te pido, padre mío, que

(1) Luc., XIX, 8.

le ruegues si ciertamente aceptará la mitad de todo lo que hemos traído. Llamaron, pues, al arcángel, su desconocido, y le rogaron que tomase la mitad de los bienes. Mas éste, permaneciendo cubierto, les dijo: Bendecid al Dios del cielo y confesadle delante de todos los vivientes, porque obró con vosotros su misericordia.

Ved aquí un bello símil de las inefables mercedes que Jesucristo nos ha dispensado al comulgarle y la manera sencilla y perfecta de retribuir las. Jesucristo, en verdad, nos llevó y nos devolvió sanos, esto es: nos llevó santificados á su amor y nos devolvió más perfectos, efecto de nuestra unión con Él. Jesucristo recibió de su Padre el *fiat* para redimirnos, simbolizado en la pecunia de Gabelo y nos la dió en efecto, redimiéndonos de la esclavitud del pecado. Jesucristo nos hizo tomar á sí propio, mediante la Comunión, por esposo del alma. Jesucristo, con el poder de su Manjar eucarístico, ahuyentó de nuestro corazón el espíritu de las tinieblas que nos atormentaba. Jesucristo, preservándonos de los pecados mortales, nos ha librado del satánico pez que intentaba devorarnos. Jesucristo, mediante la unión eucarística, nos ha hecho ver la luz del cielo, que es el conocimiento propio, y el camino de la eterna vida. Jesucristo, en suma, ha derramado sobre nuestras almas todos los bienes celestiales que se compendian en la Santa Eucaristía.

Por consiguiente, ¿qué cosa podremos darle que sea digna de Él? ¿Recibirá la mitad de los bienes? De los materiales podríamos ofrecerle parte á fin de abrillantar su divino culto; pero de los espirituales es cierto que los exige todos, porque todos son suyos; pretende nuestro corazón con sus afectos y deseos; pretende nuestra vida con sus pensamientos y sentimientos y obras y palabras. He ahí la razón por qué el arcángel S. Rafael no respondió palabra al ser preguntado si quería recibir la mitad de los bienes; como era simplemente espíritu, no podía recibir materia; como no podía aceptar para sí el corazón de ambos Tobías, se contentó con ordenarles: «Benedicid al Dios del cielo y confesadle delante de los hombres, pues ha usado con vosotros de

misericordia.» El corazón es de solo Dios, y debe ser para Dios solo.

Nosotros, á imitación de los Tobías, bendigamos al Salvador por los siglos de los siglos; confesemos su doctrina y su amor delante de los hombres, ya que se ha dignado ser nuestro dulce Huésped; démosle gracias con el profeta rey, quien, para darlas á Dios debidamente, solía decir: «El cáliz del Señor tomaré é invocaré su santo nombre.» Una nueva Comunión bien practicada sea el hacimiento de gracias por el anterior beneficio.

S. Pero, en general, ¿lo practicamos así? Pongamos la mano sobre nuestro pecho, esa mano quizá acostumbrada á abofetear al Salvador en su Iglesia, en sus sacramentos, ó en sus ministros, y meditemos por unos instantes. Hemos hospedado al Redentor en nuestra alma, es verdad, pero, ¿cómo? precediendo malas confesiones? ¡Ah! entonces, necesariamente habrá pasado desapercibida la presencia de Jesús en el corazón; ¿precediendo la negligencia en evitar las culpas leves, ó en no haberse dispuesto fervorosamente para la Comunión? En este caso, como también en aquél, Jesucristo deja huellas muy impalpables de su regio hospedaje, resultando que el cristiano no crezca en el camino de la virtud por faltarle las gracias que no ha sabido ó podido recibir, debido á sus pocas disposiciones. Jesucristo, repetidas veces, se acerca al alma, como á la puerta de la Esposa de los Cánticos (1), para que le abra, á fin de ser hospedado y derramar sus bendiciones; pero aquélla como ésta se estacionan dormitando en sus faltas, y Jesucristo abandona la puerta y pasa adelante en busca de corazones más agradecidos, pudiendo en este caso aplicarse á Jesucristo aquellas palabras del Eclesiástico: «Es una vida infeliz la del que va hospedándose de casa en casa, pues donde quiera que se hospede no obrará con libertad (2)». ¡Ah! y cuántos cristianos hay que, desgraciadamente, al entrar el Salvador en su corazón, no sólo no le dirigen un saludo, ni una

(1) Cant. V. 2.

(2) Eccli. XXIX, 31.

palabra de respeto, ni una frase amorosa, sino que en alas de su prisa le abandonan, y quizá profieran palabras ó cometan acciones que amarguen á Jesús (1)! ¡Cuántos que, al no formar en la confesión firme propósito de enmendarse, hospedan luego al Salvador, y á los pocos momentos de recibido le dicen: «Vete, vete á fuera, que vienen unos amigos míos de distinción (los cómplices en el pecado) y necesito mi casa para alojarlos (2)». ¡Buen Dios! ¡Cuánta paciencia os es menester para sufrirnos! En verdad que nos podéis repetir las palabras que en otro tiempo anunciasteis: «Para un hombre sensato, una de las dos cosas que le son muy pesadas son los desprecios que recibe del patrón de la casa (3)».

Recibamos á Jesucristo Sacramentado, si no con el tierno cariño con que le hospedaron sus siervos, al menos con la envidia santa de practicar lo que ellos ejecutaron; si no con la preparación del beato Nicolás Factor, que se daba una terrible disciplina, se reconciliaba y rezaba los salmos penitenciales, al menos con las disposiciones del príncipe Leopoldo, que en la mañana que comulgaba no admitía conversaciones profanas, pasándola en oración ó en ejercicios saludables para su alma. De este modo sabremos hospedar á Jesús, y obtendremos los beneficios y gracias convenientes.

¡Dulce Jesús Sacramentado! Venid á nuestras almas para que hallemos únicamente en Vos nuestra entera felicidad. No permitáis, celestial Huésped, que acojamos en nuestro corazón á otro ser que á Vos solo, á fin de que sólo por Vos vivamos, y sólo por Vos muramos.

EJEMPLO

En qué piélagos de insondables delicias se sumergen aquellas almas que hospedan con fervor al Sacramento del Altar es punto menos que imposible á la inteligencia humana discurrirlo y á la lengua humana ex-

(1) Eccli., XXIX, 32.

(2) Id. id. 34.

(3) Id. id. 35.

presarlo. Sin embargo, el presente caso, célebre en extremo por sus provechosas consecuencias, nos persuadirá del cariño inmenso que profesa Jesucristo á los que le aman.

No hace muchos años que una señora protestante se paseaba cierta mañana, con otras amigas, por una aldea. Pasando por delante de la iglesia tuvo la curiosidad de entrar en el momento mismo que el sacerdote se disponía para ministrar la S. Comunión. En efecto, el sacerdote extrajo del copón una Forma consagrada y la dió á una joven, que se había acercado al comulgatorio. La hereje fijó su mirada en la joven y la vió tan hermosa y resplandeciente que fué movida ella misma á comulgar; pero se abstuvo por entonces, envidiando la suerte de los católicos. Contó á sus compañeras lo sucedido, y cuando por vez segunda entró en el mismo templo, se confirmó en su juicio, viendo que se repetía el prodigio de antes; entonces, no pudiendo sufrirse á sí misma se adelantó hacia el comulgatorio y recibió la Santa Forma; pero he ahí que, volviendo la vista á la joven, notó que había repentinamente desaparecido juntamente con los demás asistentes. En medio del pavor de que fué sorprendida comprendió que había obrado mal. Entró en la sacristía á fin de consultar al Sr. cura, y éste preguntóla quién era.—Protestante soy, dijo, y acabo de comulgar con los católicos, pero sé que he obrado indiscretamente. ¿Qué es lo que deberé hacer?—El sacerdote la reprendió, manifestándole que si quería comulgar en lo sucesivo era indispensable hacerse católica. La hereje asintió á la proposición del ministro de Dios y cuando comenzó á comulgar debidamente, experimentaba tal dulzura interior que la anegaba en un mar de lágrimas y de interior alegría (1).

(1) Revista Franciscana.

X

Jesucristo Sacramentado es nuestro Consolador.

Consolator optime.

Nuestro mejor consolador.

(SECUENC. DE LA FIESTA DEL ESPÍRITU S.)

1. El corazón del hombre. Ese hondo abismo de velados misterios; ese compendio hermosísimo de leyes divinas; esa parte vital y delicada del organismo humano, ha sido formado de tal manera que no puede hallar en sí mismo descanso perfecto. Le falta algo para ser feliz, y este *algo* se lo reservó absolutamente el mismo Ser que le creara; en consecuencia, el descanso perfecto, el consuelo y el gozo satisfactorio de este corazón estriba en Dios. Por falta de reflexión semejante, y poseído de ilusiones fantásticas, el hombre que observa que su órgano esencial á la vida sale como de sus duras prisiones para respirar mejor el fresco ambiente del descanso, generalmente hablando, suele buscarlo en los seres y en los objetos próximos á sí, consistiendo su anhelo en distraerse mucho en esos objetos y seres, en saborear uno tras otro los goces de este mundo, en contemplar una tras otra las beldades terrenas; y luego de haber recorrido sin perder momento toda la escala de la dicha humana, ve que ha sido envuelto en horrible decepción, comprende que en las criaturas no hay descanso feliz, ni mucho menos, satisfactorios consuelos.

2. ¡Ah! si todo ese tiempo empleado en buscar la felicidad en los seres que hoy son y mañana no serán lo hubiera